

PÉREZ DE MONTALBÁN, JUAN (1602-1638)

EL PIADOSO BANDOLERO

Está Valencia en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en una llanura fertilísima y abundante de todo lo necesario, para el regalo y gusto de sus moradores, y aunque es verdad que el trigo le viene de acarreo, el buen gobierno que tiene esta parte es tan grande que suple la falta de la cosecha propia, teniendo de sobra aun aquello mismo que no tiene. Es rica de armas, bien guarnecida de soldados, sobrada de mercaderías de toda suerte, y sobre todo de tan alegre suelo y cielo que en el invierno es muy poco o ninguno el frío que hace. Y en el verano se templan los calores con los frescos aires que por la parte del mar combaten sus murallas y jardines, que son infinitos por la multitud de cidras y naranjos. Báñala por el lado izquierdo el río Guadalaviar, que pasa entre el muro y el palacio, a quien sangran diversas acequias así para regar los jardines, como para beber los ciudadanos. Al otro lado, que es el que mira al mar, cae la albufera, distante por espacio de tres millas, con abundancia de todo género de pescado. Los muros de la ciudad solían ser de figura redonda, y las puertas por donde se entraba, cuatro; la primera Batelana, la segunda Baldina, la tercera Xarcana y la cuarta Templaría (llamada así por una iglesia que edificaron allí los templarios). Llamose un tiempo Roma, porque significa en griego lo mismo que Valencia en latín, o porque algunos atribuyen su fundación a un rey moro que tuvo este mismo nombre, y ganola finalmente el rey don Jaime, [el] día de arcángel san Miguel, después de un largo cerco en el año de 1238.

Aquí, pues nació don Vicente Fox, un caballero galán con extremo y tan discreto como galán, siendo sobre todo tan preciado de buena lengua, particularmente con las mujeres, que agradecidas a su modo de hablar, comúnmente le llamaban el honrador. Faltáronle sus padres a los veinte años de su edad, quedando por dueño de un ilustre y rico mayorgazo. Sus ocupaciones eran las que pedía su calidad, sin tocar en vicioso, ni distraído, porque jugar las armas, hacer mal a un caballo, salir a caza, escribir versos y galantear una dama con fin honesto, no son ejercicios de que se puede ofender el cielo, ni la naturaleza. Estando, pues, una mañana en la lonja de la iglesia mayor, en un corro de muchos mancebos, todos de su mismo porte, tratando de materias diversas, se llegó a la conversación uno tan desembarazado en el decir mal y tan preciado de que daba gusto con lo que decir, que no entraba mujer ni hombre por la iglesia a quien no satirizase, repitiendo defectos más que medianos algunas veces. Ya se iba enfadando don Vicente de aquel modo de truhanería, porque hacer reír a unos a costa de la opinión de los otros, si es gracia, suele ser muy poco segura, cuando vio entrar por la puerta de la iglesia una dama, a quien luego conoció, porque lo era suya que quien ama, por la menor brújula del manto divisa a pocos lances lo que desea. Hiciéronla todos grandes cortesías, a que Camila (que así se ha de llamar esta señora) pagó con una muy cumplida reverencia, que nunca estorba la urbanidad al recato, y más cuando no pasa los términos de la modestia. Era Camila tan linda por su cara, tan principal por su linaje y tan virtuosa por su recogimiento

que con tener don Vicente las buenas partes que hemos dicho, aun la amaba desconfiado de merecerla. Y así pareciéndole que no podía dejar de tener excepción su hermosura en la lengua de aquel caballero, empezó a encarecer su gala, su belleza, su discreción y su honestidad, mirando siempre a don Claudio (que así llamaba el maldiciente) con deseo de oírle decir bien de alguna persona aquella mañana. Todos confesaron generalmente que tenía razón, sin entender ninguno que naciese aquella pasión más que de la fuerza de la misma verdad, porque como discreto era secreto tanto, que aun de sus mayores amigos había recatado aquella voluntad; porque en fin, los amigos pueden ser enemigos y a veces el más confidente es el primero que hace el tiro. Muchos hombres hay que dicen mal de los otros sin cólera, ni ofensa, sino por costumbre y entretenimiento, como si fuera habilidad mantener una conversación con agravio de los ausentes. De estos era don Claudio; sabía lo que pasaba y aun lo que no pasaba, daba cómo, traía cuentos, revolvía amistades y llevaba tan mal que se hablase de nadie bien; que como don Vicente le hubiera hecho un gran pesar, le dijo:

“Con los hombres del lugar, señor don Vicente, que lo andan y saben todo, excusado es encarecer las cosas con tanto extremo, porque no correspondiendo la fama a la pintura, es irritar la paciencia del que escucha para que diga todo lo que sabe. Esta dama es muy linda, principal y discreta, pero no tan escrupulosa en guardarse, ni tan arisca en resistirse, como vuestra merced la pinta; que yo sé alguno que ha merecido de su boca favores que pasan más allá de comunes”. “Vos seréis sin duda”, respondió don Vicente, “el dichoso que los merece, porque si no es así, no pudierades arrojaros a decirlo tan claramente”. “No digo yo que lo soy”, replicó don Claudio, “sino que le conozco y que le he visto con ella muchísimas veces”. Entonces don Vicente, que ya estaba reventando más de mohíno que de celoso, le dijo: “No me admiro tanto, señor Claudio, de que vuestra merced alcance de esta dama los favores que dice, como de los publique tan libremente, porque lo primero es dicho o mérito, y vuestra merced lo puede tener todo. Pero lo segundo es tener poca atención al decoro de esta señora, descuido que no cabe en las personas de sus obligaciones de vuestra merced. Si bien para conmigo, y para con estos caballeros, no pienso que ella habrá perdido nada, porque como no hay obligación de cumplir lo que se promete en daño de tercero, aunque sea con juramento. Así imagino que no la hay de creer lo que se dice con menoscabo de las damas, cuya opinión se debe anteponer a todo, fuera de que la más fuerte razón que hay para no creerlo, con su buena licencia, es que lo diga vuestra merced mismo, porque los queridos siempre callan el favor y solamente los despreciados son por la mayor parte los que dan voces. Pues algunos se alargan a blasonar, no de lo que hicieron, sino de lo que quisieran hacer, teniendo aun por más deleite el decir lo que no hacen, que el hacer eso mismo que dicen. No digo yo que a vuestra merced le alcanza parte de esta condición, sino que es ajeno ese lenguaje de silencio que se debe guardar en ocasiones tan apretadas, si quiera por no echar a perder con una palabra, lo que después no se puede remediar con muchas. Para la honra, señor don Claudio, apenas hay restitución, como para la hacienda; pues por más que se vea la verdad con los ojos, es tan cavilosa nuestra malicia, que siempre se queda con la duda de lo que oyó. Es condición antigua de los hombres, aplaudir más fácilmente a la afrenta que se duda que a la virtud que se confiesa, menos ahora, que por ser tan clara la opinión que tenemos de la honestidad de esta dama, aunque es verdad que por la parte de mujer estaba sujeta a cualquiera liviandad, por la de ser quien es nos asegura del

menor escrúpulo; y para que vuestra merced diga lo mismo que le digo, aunque parece que quiere dar a entender lo contrario, oiga este argumento. La señora Camila es muy discreta con extremo, aunque vista, no la parece, según es hermosa y siéndolo, es fuerza que tenga lindo gusto en el escoger, que no siempre ha de estar quejoso lo mejor. Esto supuesto, yo ha dos años que la galanteo y no hay duda, sino que soy más galán que vuestra merced, aunque lo soy menos que todos los demás. Soy también mucho más rico porque mi mayorazgo alcanza cuatro mil ducados de renta y no sé si vuestra merced los tiene de principal. Más bien entendido (aunque parezca mal que yo lo diga) porque hasta ahora vuestra merced no ha dado muestras de su ingenio, y yo tengo hecho muchos actos positivos en la célebre academia de esta ciudad, para merecer algún lugar entre los muchos que profesan buenas letras. Cuanto a la nobleza, bien saben todos que no debe mi sangre nada a la más ilustre; y cuanto al valor, que es de lo que se suelen aficionar las damas, cierto es, que tengo yo tan doncella la envidia, como vuestra merced la espada. Pues si siendo esto así, y teniendo fama de que sé callar, no he merecido si quiera que me escuchen. ¿Cómo quiere vuestra merced que me persuada yo, ni nadie, a que haya a vuestra merced triunfado de una señora tan honesta y recogida, que apenas sabe el nombre de ninguno de los que aquí estamos? Y así, sírvase de templar la lengua, y más en materias de tanto peso, porque arrojarse de esta manera para cualquiera de los presentes viene a ser más agravio que lisonja. Pues es cierto, (a mí a lo menos, así me lo parece) que quien habla mal de los ausentes, no los hace la injuria a ellos, pues no están donde pueden volver por sí, sino a los que se hallan delante. Pues los tiene en tan bajo predicamento que le parece que se holgarán de oír semejantes infamias y hay aquí muchos hombres de bien, para que vuestra merced haga de ellos tan mal concepto”.

Los hombres que libran todas las respuestas para la lengua y no para las manos, salen de su casa resueltos a no recibir ninguna pesadumbre, aunque se la den de todas maneras. Don Claudio era tan ocasionado en este género que si hubiera de defender todo lo que decía y reñir con cuántos agraviaba, era menester que de día y de noche anduviese con la espada en la mano. Y así haciendo donaire de los que cualquiera tuviera por ofensa, lo que respondió a don Vicente, fue preguntarle adónde predicaba otro día, porque tenía muy buen espíritu y lo había hecho extremadamente; si bien aquella dama no cumplía con su obligación, si no le enviaba un regalo de lienzo y dulces; si quiera por haber pretendido a lo de caballero andante, deshacer aquel tuerto hecho a la señora Camila, añadiendo cuanto el ser más galán, discreto y entendido, que faltarían doctores para sentenciarlo, y que entre tanto más valiera que lo dijera un vecino, si bien en él se rendía desde luego, porque no tenía por entonces cólera hecha, y tenía hecho juramento de no reñir por ninguna mujer.

Estas y otras frialdades dijo don Claudio, sin querer darse por entendido de que don Vicente hablaba de veras, por no obligarse a responderle como caballero. Finalmente fueron tantas sus chanzas, que a lo que todos temieron que se acabase en disgusto, vino a parar en risa, menos para don Vicente, que corrido de que atendiese tan poco al sentido de sus palabras, le dijo para que no le pudiese ignorar. “Si el hacer donaire de todo lo que le dicen a vuestra merced es treta para conservar la salud y disfrazar la cobardía, el mejor camino es tener cerrada la boca para no obligar a que le den muchas cuchilladas, porque traer tan suelta la lengua y tan mesuradas las manos, más tiene de riesgo que de

seguridad. Yo hablé denantes muy de veras y con mucho deseo de que vuestra merced se enfadase como yo lo estaba, pero ya que veo en estado, que ni de esto, ni de lo demás se le dará nada, le advierto que no gusto de que se ponga a hablar donde yo estuviere, porque si me llevo a cansar de sus disparates, podía ser que sienta las obras, ya que no entienda las palabras”. “Yo puedo hablar”, respondió don Claudio, “en cualquiera parte sin que nadie con razón se pueda quejar de que pierde en hablar conmigo”. “Así es verdad”, replicó don Vicente, “pero es vuestra merced muy bien nacido para truhán y muy peligroso para amigo de quien tiene fama que sabe honrar a las mujeres”. Pareciose a don Claudio que aquellas palabras merecían respuesta más briosa, y así en confianza de que los circunstantes no habían de consentir que don Vicente le llegase a ofender, le desmintió públicamente, y sacó la espada al mismo tiempo que don Vicente y los demás; él para castigar aquella ofensa y ellos para estorbar por entonces algún mal suceso. Y fue así porque las diligencias fueron tales y la gente que acudió al ruido en tanto número, que a pesar de su cólera le hubieron de llevar a su casa, tan ciego y tan abrasado, que tal vez quiso vengar en su misma persona el agravio que le había hecho don Claudio. El cual se estuvo escondido algunos días sin atreverse a salir donde pudiese encontrarse con don Vicente, porque encontrarle y quitarle la vida, fuera tan cierto en su valor que casi vendrían a ser una misma cosa. Era el dicho don Claudio cuñado del gobernador de aquella ciudad y aunque hombre que sobraba en ella, bien emparentado; y así sus deudos viendo el riesgo forzoso en que estaba su vida, hablaron al virrey, rogándole se metiese de por medio, para que cesasen aquellos enojos y don Vicente no hiciese alguna demasía. Hallose el virrey obligado a componer esta pesadumbre, ya por ser el primer móvil de la justicia y ya por ser amigo de los que intercedían por don Claudio. Y así informado del caso, aunque no muy bien, porque los que informaban eran todos deudos del delincuente, los llamó a entrambos y mandó a llevar a dos castillos, en tanto que se averiguaban las culpas y se hacían las amistades. Resistiose a los principios don Vicente en dar la mano a su contrario, y pesole después, porque viendo el pueblo que él sólo era quien hacía contradicción, coligió aun mucho más agravio del recibido; que el necio vulgo por conjeturas infiere cuanto se le antoja, aunque sea en afrenta de él que padece. Triste de aquel que cae en sus manos por alguna desgracia, si bien el consuelo que puede haber en esto es que con todos hace lo mismo, sin excepción alguna de personas; pues vemos por experiencia que no están seguros de su censura, el rey en su trono, el valido en su privanza, el ministro en su tribunal, el señor en su palacio, el religioso en su celda, el particular en su casa, el sacerdote en su iglesia, la señora en su estado y el villano en su rincón. De todos habla y de todos murmura, sin que a la majestad real le valga el sagrado de la púrpura, al privado la fuerza del poder, al ministro la vara de la justicia, al señor la inmunidad de la sangre, al religioso la reclusión de la vida, al particular el miedo de la venganza, al sacerdote la alteza del estado, a la casada el menoscabo de la opinión, al villano los continuos arroyos del sudor, con que gana la miseria que tiene. ¡O atrevido vulgo! ¡O bestia fiera! ¡O caballo desbocado! ¿Dónde, dime, tienes los ojos y el entendimiento, cuando sólo por tu dictamen, sin atender a los términos de la verdad y de la cortesía, a los vivos matas, a los virtuosos ofendes a lo privados derribas, y a todos infamas? Pero baste por venganza, que las más veces se dan con tu engaño tan en los ojos, que quedas inhábil aun contigo mismo para creerte.

Volviendo pues, a la porfía del virrey, fueron tantas sus diligencias y sus amenazas, que viendo don Vicente, que si no obedecía hacía eterna su prisión, y aun imposible su venganza, prometió dar la mano a don Claudio y ceder su derecho en cuanto pudiese, por hacer el gusto de su excelencia, de tantos caballeros como le habían mandado aquello mismo.

Es tan difícil el penetrar el corazón de los hombres que lo más acertado suele ser a veces, entender al revés todo cuanto dicen. Pues estaba don Vicente asegurando a un príncipe la amistad de don Claudio y a ese mismo tiempo estaba dentro de sí trazando el modo que tendría para quitarle la vida, aunque aventurase en ello tan conocidamente la suya. Hizo el mismo virrey las amistades y diéronse los brazos. Pero, ¿qué importa que los brazos se junten, si las voluntades no sólo están divididas, si no encontradas? Mucho erra verdaderamente quien toma a su cargo componer dos contrarios, sin buscar primero por algún camino satisfacción para el agraviado; porque consolarle sin satisfacerle, es atar la herida, pero no curarla, y sólo sirve de dar lugar al que está ofendido, para que se venga más a su gusto; porque entonces el ofensor en confianza del que ha intentado y tomado a su cuenta el agravio, no se recela, ni se guarda y el afrentado, aunque tal vez le detiene el respeto de los que entraron de por medio, como pesa más su cólera que su respeto. Y en habiendo algún género de agravio, no hay palabra que obligue, cuando menos lo imagina tomar venganza de su enemigo, aunque sabe que después lo ha de quedar con todos. Libre, pues, don Vicente de la prisión, aunque empezó a trazar de su desagravio, o público o secreto, no pudo por algunos días, porque don Claudio receloso siempre de su brío, se recogía todas las noches más temprano de lo que pedía su mocedad. Si acaso alguna vez salía, era tan acompañado de amigos y criados, que era imposible hacer ninguna demostración lucida. En este tiempo, como supiesen los padres de Camila y deudos de don Claudio, que la pendencia había tenido principio en su virtud, hermosura y honestidad, pareciéndoles que su opinión no quedaba bien, si no se abonaba con los que habían sabido el origen de la mohína, trataron los unos y los otros casarla con don Claudio, prometiendo el virrey darle para el efecto tales acrecentamientos que pudiese igualar el dote y muchas partes de Camila.

No sabía nada de esto don Vicente, porque melancólico ya con su agravio y con pensar si podía ser cierto lo que había blasonado don Claudio contra la honestidad de su dama, que en daño propio suele un hombre creer imposibles, había faltado a sus ojos de día y a los hierros de una reja de noche, por donde solían hablarse cuando los vecinos estaban durmiendo. Mas viendo ella el gran descuido de don Vicente, a tiempo que su padre y el virrey trataban de que fuese su marido don Claudio, por cumplir con su amor, le escribió un papel, aunque con más cortesía que otras veces. Lo llevó Fenisa, una criada de quien ella fiaba mucho su pecho para que supiese de él, y de ella el triste estado de su voluntad. Aguardó Fenisa tiempo, para que no viesen sus señores salir de casa y en hallando ocasión partió para la de don Vicente, él cual la recibió tan mesurado, que conoció en su desabrido semblante o su enojo o su desamor, que siempre es el rostro intérprete de los sentimientos del alma. Diole el papel y recibíole sin los extremos de alegría que otras veces. Leyó el sobre escrito, como quién hacía novedad del suceso y rompió la nema tan despacio que parece o que no le deseaba o que sólo le leía por cumplimiento; que toda el ansia de los celosos es dar a entender que saben estar enojados y que tienen ánimo para

pasar sin los favores de la dama. Finalmente apartándose a un lado y dejando a Fenisa entretenida en ver unas pinturas y países que adornaban los mármoles de una grandiosa galería, besó el papel y vio que decía de esta manera.

“Conociendo vuestra merced la lengua de don Claudio, y conociéndome a mí, deme licencia para que me queje de su enojo; pues ha creído lo que sabe que no es posible, ni en mi recato, siendo quien soy, ni en mi voluntad, amándole como le amo. Que lo ha creído, es cierto, pues a no ser así, no hubiera dejado de verme. Y si no lo ha creído, como lo espero de su buen juicio, mayor viene a ser mi queja; pues viene a ser ingrato sin disculpa. Yo la tengo al presente para matarme, según son las penas que me afligen, pues después de no ver a vuestra merced, tratan mis padres de darme por marido a don Claudio. Para que quede mi honor sin ningún escrúpulo, si vuestra merced me quiere como dice, tiempo tiene para estorbarlo y de la manera que quisiere, que con amor las mujeres también sabemos hacer desatinos. Vuestra merced es tan discreto como yo desgraciada, y de lo poco que digo, podrá inferir lo mucho que siento. Cuya vida guarde Nuestro Señor los años que deseo, para que me defienda de malas lenguas, pero no para que me olvide, que lo primero es fineza y lo segundo ingratitud”.

Sólo quien sabe que es amor puede ponderar la pena con que don Vicente acabaría de leer el papel, viendo que su enemigo no sólo le había ofendido en la honra, sino que trataba de quitarle por un medio tan vil lo que él con tan honradas finezas había merecido. Y así determinado a que no consiguiese nada, tomó la pluma y respondió a Camila, disculpando su mucha voluntad y culpando su poca fortuna, si bien prometiéndose buen suceso en todo, si Dios no quitaba la vida. Cerró el papel, puso el sobrescrito, diósele a Fenisa, y pagó el porte, rogándola no se detuviese porque aliviase más aprisa los pesares de su hermoso dueño. Hízolo así la fiel criada y llegando sin ser vista al cuarto de su señora, la enseñó el papel con tanta alegría que antes de leerle, se dio por consolada; y no se engañó porque después vio que decía de suerte.

“El sentimiento que yo hice cuando don Claudio dijo que gozaba los favores de vuestra merced no fue porque lo creí, sino porque lo podían creer los que lo escuchaban, que como sea en el agravio de una persona, facilísimamente se da crédito a cualquier cosa. Y el no haber visto a vuestra merced desde entonces no es tibieza de mi amor, sino miedo de su desprecio, porque imagino que como yo me miro con enfado, hasta vengarme, también vuestra merced que es lo mismo que yo, se cansará de verme ofendido y no satisfecho. Para despícarne de la palabra que escuché a don Claudio, hartos caminos tiene la honra y sin haber sangre, pero para quitarme la vida casándose con vuestra merced yo no hallo más fácil remedio que quitar la causa, y esto yo sé poco más o menos como ha de ser. Y vuestra merced lo sabrá, si se halla con ánimo de dejarse ver, como otras veces. La hora será la medianoche, el puesto la reja, y vuestra merced quien ha de bajar a ella, sin más armas que sus ojos y sus verdades, a que me rindo desde luego, aunque sea azar para quien anda de pendencia. Pero en este desafío, la mayor victoria es darse por vencido, siendo tan desiguales las armas, por los ojos se entiende que por las verdades no pienso que quedo a deber nada a vuestra merced cuya vida aumente el cielo, aunque sea para ser ajena; que yo estimo tanto a vuestra merced que siempre la quiero ver viva”.

Bien puede creerse que cada uno de los dos amantes desearía la noche; ella para trazar la quietud de con Vicente, y él para cumplir con sus obligaciones, sin perder de su derecho en su voluntad. Las diez serían cuando don Vicente entró por la calle de su dueño y vio que no estaba tan desembarazada como quisiera, porque en el ruido de espadas y broqueles y algunos instrumentos que se templaban, conoció que era aparato de música, cuyo autor era don Claudio, que como en vísperas de novio quería festejar a Camila. Se detuvo don Vicente y considerando que romper por toda aquella gente no era conseguir ninguno de los dos fines que deseaba, se determinó a disimular por entonces, entreteniéndose con los demás para oír por fuerza este romance que se había escrito a petición de don Claudio en su solicitado galanteo.

Pues que me han dado licencia,
Camila, tus ojos bellos,
para decir mi pasión,
van de penas, van de celos.

Luego que te vi, te amé,
porque amarte y ver tu cielo
bien pudieron ser dos cosas,
pero ninguna primero.

Yo muero de amor, Camila,
mas tan dulcemente muero,
que de morir a tus ojos
Hace gala mi deseo.

Callando mi amor te digo,
y callando le encarezco,
que para un amor tan grande,
no hay lengua como el silencio.

Mas miento que ya le digo
con las lágrimas que vierto,
con los suspiros que formo,
y las penas que padezco.

Que suspirando, amando y padeciendo,
lo que calla la voz, dice el afecto.
No pretendo yo, señora,
que pongas por mi respeto,

ni tu cordura a peligro,
ni tu voluntad a riesgo.

Sólo pretendo que sepas,
que no fue jamás mi intento
profanar con mis palabras
el decoro de tu cielo.

Verdad es, que a los principios
nació de burlas mi empleo,
mas ya son las burlas veras,
que no hay burlas con deseos.

Es el amor en las almas,
como en los hombres el juego,
que empiezan por una risa,
y pierden su hacienda luego.

Empecé por divertirme,
eres linda, no soy necio,
piqueme, perdí la vida,
entré libre, y salí preso.

Que quien llega a burlarse con el fuego
o se quiere abrasar, o no es discreto.

Acabaron los músicos su romance y viendo que Camila no se asomaba, apelaron otro, cuyo asunto era un galán que después de dejarle la dama por otro, y el galán por quien le dejaba le había sacado al campo y herido mortalmente; creyendo don Claudio que cuando no su amor, su buen gusto la había de obligar a salir a la ventana, por ser los músicos los mejores, el tono excelentísimo y las coplas estas.

En un valle de esmeraldas
que el Tirreno mar esconde,
a los pies de su enemigo
desangrando yace un joven.

Y viendo que ya la muerte
en sus brazos le recoge,
de aquesta manera dice
al que triunfante le oye.

“Dos veces eres crüel,
pues dos el pecho me rompes:
la primera con mis celos,
la segunda con tu estoque.

“¿Quién pensara, quién dijera,
que para matar a un pobre
fuesen menester dos muertes,
una aleve y otra inorme?”

“De tu espada y de Amarilis,
las puntas y los rigores
el pecho me están flechando
con diferentes arpones.

“Mucho me hiere tu espada,
pero más sus sinrazones,
que para la espada hay cura,
mas no para un trato doble.

“Victorioso estás y armado;
mas para que no blasones,
escucha mi historia y luego
teme como yo su nombre.

“Yo vi aquesta enemiga
los dos soberanos soles,
y pues digo que los vi,
que los amé se supone.

“Pareciome bien, y hablela,
llegué en ocasión, y oyome,
soy cortesano, y creíla,
era mujer, y cansose.

“Con estar mi muerte en ellos,
di crédito a los favores,
que como amaba el engaño,
aplaudía las traiciones.

“Ausentose el mayoral,
y a decirla fui una noche
lo tierno de mis cuidados
en dulcísimas canciones.

“Mas como la halló mi amor
divertida en tus amores,
lo que antes era lisonja,
vino a ser enfado entonces.

“Ofendiose de mi amor,
que en llegando el duro golpe
de cansarse la mujer,
en todo la ofende un hombre.

“Súpose nuestra contienda,
y sacásteme una noche
al campo desafiado,
más venturoso que noble.

“Llegó primero tu espada,
que el cielo a veces dispone
que se injurien los leales,
y se premien los traidores.

“Yo me maté, no tu espada;
que quien riñe sin favores,
él se lo muere primero
con sus mismas presunciones.

“Esta es mi historia, y tu dicha;
según aquesto, disponte
a temer de su mudanza,
como yo, las ocasiones.

“Más le quisiera decir
el apasionado joven,
a no embargarle el aliento
de un desmayo los rigores.

“Supo el suceso Amarilis,
súpole, y enterneciose,
porque es deidad, aunque fiera,
porque es mujer, aunque bronce.

“Amigos, guardad los ojos,
Temed sus iras pastores,
que trae veneno en las flechas,
y sale a cazar al monte”.

Conociendo don Claudio el poco favor que Camila le hacía, pues si quiera la curiosidad ya que no de amor no había querido abrir una ventana, enfadado grandemente de su desprecio, despidió los músicos, quedándose solamente con dos amigos de quien se fiaba y dos valientes de estos que venden las heridas como si fuera mercadería. Y viendo don Vicente tan buena ocasión, ya que no era posible verse por entonces con Camila, por haber salido al ruido de la música muchos vecinos a las ventanas, se fue tras ellos y

llegando a una calle algo más estrecha que las otras, su puso delante de todos y sacando airoosamente la espada y un broquel que traía en la cinta y llamando por su nombre a don Claudio, le dijo quien era, y que no venía a reñir con él por el pasado disgusto; porque quien no sustenta los agravios, no los hace, sino a prevenirle de que no mirase a Camila con esperanza de que podía ser suya en ningún tiempo, porque ya lo era de otro que merecía más aunque hablaba menos, y que así le había de dar palabra antes que pasase adelante, de no tratar de aquella pretensión porque lo demás sería aventurarse a más de los que imaginaba. Bien sabía don Vicente que no había de hacerlo tanto por estar sus deudos empeñados en aquel casamiento, cuanto por verse don Claudio a su parecer con tan gran ventaja; mas decíase esto para que siendo otra la causa de la pendencia, no pudiese el virrey ofenderse de su venganza, pues ya iba paliada con otra ofensa. “No merece”, dijo don Claudio, “más respuesta vuestro atrevimiento que volveros las espaldas y dejaros por loco, para que me busquéis cuando esté menos acompañado. Pues es cierto que estos caballeros que vienen ahora conmigo, aunque yo se lo ruegue, no han de querer dejarnos solos, y no quiero que se diga mañana que reñiste con cinco, bastando cualquiera de los que están aquí para vos y para otros muchos”. No sin malicia hablaba de esta suerte don Claudio, porque lo uno era ocasionar la cólera de don Vicente, que siendo solo y ellos tantos, sería imposible que escapase de herido o muerto; y lo otro, justificaba su causa con el virrey, porque los que veían dijese que se riñó, no fue buscando él la ocasión, sino provocado de las demasías de don Vicente. El cual, oyéndole decir que a otro día se habían de firmar las escrituras porque así el virrey, como los padres de Camila, gustaban de él, los acometió a todos con tanta furia, que cada uno tuvo harto que hacer en guardarse de los primeros golpes, y don Claudio particularmente se prometió alguna desdicha; porque los dos bravos que llevaba para su defensa, ya porque no tenían cólera, ya porque la paga no debía de ser muy aventajada o lo que es más cierto, porque la gente de aquel porte no puede tener ni nobleza para esperar, ni ánimo para herir, dejaron la pendencia y se fueron a toda prisa. De los tres que quedaron, el uno se sintió tan mal herido que hubo de valerse del otro para que le llevase donde cuidasen de su vida. Bien presto pensó el animoso caballero acabar con don Claudio quedando solo, si como tenía lengua para hablar, no tuviese pies para huir, porque apenas se vio desamparado de todos cuando empezó luego a retirarse con tanta cobardía que al cabo se resolvió a correr, siguiendo el consejo de los que dicen que más vale huir por una noche, que morir por toda la vida. Mas no es cierta esta regla tampoco, porque también alcanzan las puntas a los que corren, y aun más fácilmente que a los que aguardan, porque cara a cara se pueden apartar las heridas, pero a espaldas vueltas, recíbense sin defenderlas, como se muestra en este ejemplo. Pues retirándose don Claudio, no le había podido herir don Vicente, porque sacando pies un hombre y sabiendo traer la espada, es casi imposible que le alcancen y apenas volvió los ojos cuando de dos saltos le alcanzó su enemigo. Y sin resistencia ninguna, le dio dos estocadas mortales, de que cayó en el suelo y temeroso de que la justicia le cogiesen si se detenía más, con toda prisa dejó la calle y se fue a la de Camila, cuya hermosura halló en el puesto señalado, con no poco susto, coligiendo lo que podía haber sucedido de la tardanza de don Vicente; el cual en breves palabras la dijo la muerte de don Claudio su contrario, el peligro de su persona y juntamente el grande riesgo en que también ella quedaba, si supiesen sus padres que su hermosura había sido ocasión de aquella desdichada muerte. Y así, si se sentía con amor bastante, lo trazase de manera que saliese al punto de su casa, que él la llevaría aparte, donde estando con todo

secreto podían esperar con más gusto que se pasase el enojo de sus padres y la cólera del virrey, que sería forzosa, por ser él a quien parece que tocaba aquella venganza.

Quien quiere bien, con facilidad abraza cualquier partido, como pare en lograr su deseo, y así le pareció a Camila tan bien el consejo de su amante, que sin detenerse a tomar más parecer que el de su voluntad, se salió por la puerta falsa de un jardín que caía a otra calle, acompañada de Fenisa, que no quiso dejarla en semejante aprieto, y determinados los dos a no salir de la ciudad por aquella noche, ni aun en otras muchas, (que en tales ocasiones no hay treta como deslumbrar a la justicia, estándose un mes en la misma parte donde se hace el delito) empezaron atravesando calles a caminar a la casa de un criado antiguo de don Vicente, que por retirado y no conocido, era imposible imaginar que los encubría, donde podían estar con mucho descanso y seguridad.

Ya estaba muy cerca la casa cuando al volver una esquina, les salieron al paso ocho hombres, que reparando en la prisa que llevaban, se adelantó uno con la determinación que suelen los ministros de la justicia, y preguntó a don Vicente lo común, de que, ¿quién era, cómo se llamaba, y adónde iba a tales horas? Turbose don Vicente y perdió de nuevo el aliento la temerosa dama, y más cuando conocieron que él que lo preguntaba era el cuñado de don Claudio, que como el gobernador de la ciudad, ignorante de lo que acababa de suceder en ella, había salido aquella noche por todos aquellos barrios, que eran los más distantes, para limpiarlos de ciertos ladrones, que se decía que con capa de soldados pobres, enviaban en cuerpo a los que topaban. Mas don Vicente disimulando la voz cuanto pudo, por pensar que era ya sabedor de lo sucedido, le respondió que “era un caballero de lo mejor de Valencia y aquella dama muy conocida” y que así, pues el delito se echaba de ver, que no podía ser sino mocedad, le suplicaba no se embarazase en conocerlos, y esto con muchas sumisiones y cortesías, más de las que pedía el brío de don Vicente, que hay lances donde tal vez aprovecha el perder un hombre de su derecho. Replicó el gobernador que él sabía muy bien el respeto que debía guardarse a los caballeros, pero que su oficio le estorbaba por entonces usar con ninguno aquella galantería, si bien no por eso se excusaba de hacerla después de haberlos conocido, porque el saber quién era él y la dama que llevaba era obligación de la vara que tenía, y el ofrecerle a servirlos en conociéndolos, mandamiento de su nobleza. Volvió a excusarse don Vicente y volvió el gobernador a porfiar, coligiendo algún secreto delito de la remisión que tenía en descubrirse. Y así con menor paciencia que hasta entonces, se acercó a don Vicente para quitarle por fuerza la capa del rostro. Mas él, vista su determinación, volviéndose a Camila, la dijo, “Señora, este es lance forzoso, libraos vos, que yo no puedo dejar de intentarlo por todos caminos”. Y sacando desesperadamente la espada, por ser tantos enemigos, empezó a desenvolverse con tan linda brío, que acordándose que cerca de allí estaba un convento de religiosos, sin ponérsele por delante las espadas de sus contrarios, se entró por todas ellas con tanto desenfado que por fuerza le hubieron de dar paso entre todos ocho. Y apenas se vio libre de sus puntas cuando empezó a correr hacia la iglesia, llegando a la portería a tan buen tiempo que acababan de salir dos religiosos para confesar a un enfermo que andaba en aquella ocasión de peligro. Y viendo el portero venir un hombre solo con la espada en la mano y que le seguían tantos, codiciosos de haberle a las suyas, coligió fácilmente lo que podía ser. Y así, sin

alterarse, le franqueó toda la puerta, para que no pudiesen errarlo, y en viéndole dentro, dio con ella en los ojos a los que le seguían.

Ya el gobernador había conocido a don Vicente, porque para sacar la espada y el broquel, hubo de dejar la capa y la claridad de la noche ayudó también para que se desengañase de quien era. Mas viendo que por entonces no era posible prenderle, porque toparle con una mujer no era delito que daba licencia para profanar las sagradas puertas de los religiosos, se volvió a la parte donde se había empezado la pendencia y donde había dejado con dos hombres a Camila y Fenisa, que ya sin color ninguno, aun para quejarse no tenían ánimo. Si bien cuando Camila vio venir al gobernador colérico y picado de no haber podido alcanzar a don Vicente, se consoló algún tanto, pareciéndole que ya no peligraba su dueño, que quien ama de veras, lo que menos siente suelen ser sus propias desdichas. Tapada, pues, como estaban se llegó a él y le suplicó no la descubriese hasta estar en su casa o en la parte donde quisiese llevarla, porque era persona de tanta calidad que le había de pesar de hacer otra cosa. Decía esto Camila, lo uno por no ser descubierta delante de tantos testigos y lo otro porque su dueño tuviese más lugar de ponerse en cobro. Concedióle el gobernador lo que pedía, que las mujeres todo lo alcanzan, y así se fue a su casa con ánimo de dejarla depositada en compañía de su esposa, y luego ir a dar parte al virrey de las demasías de don Vicente. Pero apenas llegó a la plaza mayor cuando tuvo nuevas de la muerte de su cuñado, y juntamente de que el matador era él que poco antes había podido prender con tanta facilidad. Acudió luego a la dama, y apartándola el manto del rostro, con demasiada impaciencia, vio que era Camila y llevándola al virrey, le contó cuanto había pasado. El cual como primero había tenido noticia del caso, y a su parecer iba también a la parte en aquella ofensa por haber hecho las amistades, tenía ya enviados fuera de la ciudad muchos hombres, para que asistiesen en los caminos y juntamente hecho dar un pregón, en que ponía grandes penas a quien le encubriese. Pero informado del gobernador de cómo quedaba en un convento, le volvió a enviar con cincuenta hombres y orden para que el superior diese licencia mirar toda la casa, a lo cual sin réplica ninguna se le abrieron todas las puertas, amonestando el prior a sus religiosos, que ninguno hiciese la menor demostración para estorbar a los ministros de la justicia seglar que hiciesen en su oficio sus diligencias. Entró el gobernador y con él los que le acompañaban, tomándose más licencia de la que los había dado su obligación, porque con las armas en las manos y las voces más desentonadas que fueran justo, entraban por las celdas, claustros y oficinas, y la casa que sólo había oído alabanzas de Dios, de su madre y de los santos, fue testigo de juramentos, blasfemias y temeridades. Desacato grande, y que deben mucho corregirle los jueces seculares, y defenderle con muchas protestas los eclesiásticos. Yo no digo que no se busquen en la iglesia los delincuentes, aunque bien pudiera decirlo, que pues se guardan estos respetos a la casa de un embajador mejor y muchas veces mejor, y con más justa razón debía guardarse a los templos donde majestuosa reside y sacramentada la real esencia del mayor rey de los reyes. Pero lo que digo es que ya que se busquen, sea con modestia y reconocimiento de que aquellas piedras son sagradas y aquellas celdas custodias de sacerdotes y Cristos de la tierra, pues Dios mismo los llama con este nombre. Pero volviendo al gobernador, digo que no dejó en toda la casa bóveda, celda, capilla, refectorio, ni rincón que no escudriñase la codicia de su venganza y no le hallando, se volvió corrido a dar parte de todo a su excelencia, que le esperaba con mucha certidumbre de que había de traerlo

preso. Mas don Vicente fue más cuerdo porque apenas se habían apartado de la portería los que le seguían, cuando advirtiéndolo que habían de volver a prenderle y no había de valerle la inmunidad del sagrado donde estaba (que enojado la justicia no la suele guardar a todos) se salió por las tapias de la huerta y se fue a casa de un íntimo amigo que tenía, llamado a don Valerio. El cual como caballero y amigo, aunque se le ponían por delante las amenazas de los pregoneros, le escondió dentro de su casa, en parte donde aunque supiesen que se había retraído, fuera imposible que le topasen, y esto sin dar cuenta a criado ni criada, que aquestos, las más veces son mayores enemigos en semejantes casos.

A este tiempo la justicia hacía cuantas diligencias eran imaginables, particularmente en los caminos, pensando que el mejor para librarse de sus rigores era el de pasarse a otro reino, donde se ahogan todos los delitos. Y la verdad es que no se engañaba, mas esto ha de ser con arte y con cautela, que salir de una ciudad acabando de cometer el delito en ella, esto más fuera llevar la soga arrastrando para su prisión, que hacer diligencias para su libertad; y así lo más seguro suele ser (como tengo dicho) salir cuando ya la justicia cansada de buscar un hombre, piensa que está en Flandes o que ha llegado a Lima. Y juntase a esto el haber unos hombres en la república tan noveleros y amigos de encajar cada mañana una mentira, que dicen que tienen cartas de que han visto al delincuente pasearse por Francia y embarcar en Inglaterra, y esto no por hacerle merced ninguna, sino por tener en qué gastar aquel día. Divulgado, pues, por la ciudad que don Vicente estaba muchas leguas de aquellos reinos, el virrey se cansó de buscarle, tanto por no tener esperanza de conseguir su intento, cuanto porque informado de la verdad, que nunca a la virtud le faltó un abogado. Y viendo (según voces todo el pueblo decía) que la causa había sido en sus principios tan honrosa, como volver por la opinión de las mujeres y que al revés no había hombre que hablase bien de don Claudio, con estar ya muerto, que es cuando tienen más fuerza las alabanzas, porque siempre el que muere es bueno, aunque no lo haya sido en toda su vida, templó el enojo y se determinó a proceder con don Vicente con más piedad, si acaso antes que él acabase su gobierno, volviese a Valencia. Es tan agradable la virtud del hablar bien, que aun no quiere siempre el cielo remitir del todo su premio para la otra vida, si no que en ésta la satisface; cuyo ejemplo pudiera desanimar a muchos que hacen gala de que no haya en su boca hombre noble, ni mujer buena, hablando y escribiendo de todos con tal arrojamiento, que parece que ellos mismos andan solicitando su ruina. Que aunque es verdad que ofendiendo a todos, unos por otros suelen estarse sin tomar venganza, tal vez llega alguno que no hace estas remisas consideraciones y satisface el suyo y el agravio de los demás ofendidos. Y estos con tan buena fortuna, que aun suele permitir el cielo, que de la justicia humana esté seguro, porque como el maldiciente espera este golpe de tantas partes, no puede con seguridad querrellarse de ninguno, y así se viene a quedar sin honra y sin venganza. Antes bien suele ser tanta libertad en esta parte que ha de venir tiempo en que se ha de premiar al que castigue hombres semejantes; que muchas veces toma el cielo por instrumento la mano de un facineroso (aunque se ofende de él) para satisfacer los suspiros de tantas famas ofendidas y los llantos de tantas honras profanadas, porque si la queja humana es todas voces, la Justicia divina es toda oídos.

Asegurado algún tanto don Vicente con las nuevas que su amigo don Valerio le daba, determinó pasarse a Castilla para poder con más comodidad tratar de su quietud,

buscando el medio más conveniente para la composición de aquellos negocios, porque así se lo aconsejaban todos sus deudos por orden de don Valerio. Mas su amor era tanto que ya que le fue fuerza el salir de Valencia, no le permitió que fuese sin ver a su querida Camila, que con más pena que hermosura (que es el mayor encarecimiento de su pena) estaba depositada por orden del virrey en casa de un caballero que era de los más principales de la ciudad; al principio por enojo contra don Vicente, y después por razón del estado y voluntad de la misma dama, porque era su padre tan fuerte de condición y estaba tan ofendido de su liviandad, que temían todos no hiciese con ella alguna demasía. Y así tuvo por mejor partido estarse en casa de aquel caballero en compañía de dos hermosas hijas que tenía, las cuales se aficionaron de ella con tanto extremo que a no ser causa de su inquietud y tristeza, hubieran agradecido a su fortuna la mala que había pasado, por el gusto de tenerla consigo, tanto era el agrado, ingenio y hermosura de esta señora. Tenía don Valerio con estas damas algún parentesco (que los señores todos son primos) bastante para poder visitarlas sin pedir licencia, mas no tan grande que le quitase la esperanza de ser esposo de doña María, que era la mayor de las hermanas; concierto que ella con los ojos había aprobado y aun tal vez con las razones había admitido, así por merecerlo don Valerio, como por ser la persona que más trataba; error de los mal pagados, que buscan hechizos para ser queridos, y no se acuerdan que no le hay mayor que la comunicación a todas horas. Era don Valerio discreto

con extremo y por esta parte tan desgraciado, que temiendo su mala fortuna, se había resuelto a no emplear su cuidado en ninguna dama, hasta que viendo a doña María, sin poder valerse de sí mismo, se rindió a su hermosura, escribiéndola primero este romance.

Ya he quebrantado, pastores,
el juramento que hice,
que no hay cosa que no venza
la hermosura de Amarilis.

Ya me he rendido al amor,
que no pude resistirme
a tantos soles, ni a tantos
deshojados carmesíes.

Mas ya que sabéis mi amor,
porque la causa os admire,
la causa os he de decir,
si la causa lo permite.

Es Amarilis un ángel,
por quien con verdad se dice,
serrana, y más serafín,
que mujer y que Amarilis.

El plumaje de su frente,
o los rayos que la ciñen,

son en repetidas trenzas
rayos de ébano sutiles.

Sus dos bellísimos ojos,
son, por el color que visten,
las más lucidas tinieblas,
los más hermosos eclipses.

En sus mejillas la nieve,
que con la grana compite,
hace un campo de batalla
de claveles y jazmines.

El cielo, sobre sus manos,
que con tanta gracia esgrime
parece que está lloviendo
maravillas y alelúes.

Si el cielo hubiera envidia,
que es en el cielo imposible,
la tuvieran de su voz
los más dulces serafines.

Lo demás, que solamente
a la idea se permite,
será como lo demás,
que es cuanto puede decirse.

Del ingenio os aseguro,
cuando habla, o cuando escribe,
que es tal, que a cualquiera fea
pudiera muy bien servirle.

Lo donairoso de talle
no habrá pluma que lo pinte,
porque retratar el alma
sólo al alma le es posible.

Sólo os diré de su brío,
que según todo lo rinde,
tiene un alma en cuanto hace
y muchas en cuanto dice.

Este es cielo, pastores,
cuyos dorados abriles

festejo, cortés amante,
adoro, galán humilde.

Favorece mis deseos,
discretamente apacible,
que aunque no me dice nada,
mucho mirando me dice.

Sólo lo que me acobarda,
y lo que me tiene triste,
es saber que un ausente
obligada y presa vive.

Que aunque los dos no se hablan,
porque la ausencia lo impide,
¿qué más hablarse que amarse?
¿Qué más verse que escribirse?

De cuantos miran sus ojos
celos mis sospechas siguen,
porque imagino que cuantos
llegan a verla, la sirven.

Hasta de aqueste papel
envidioso quedo y triste,
porque ha de tocar sus manos,
y ha de gozar sus rubíes.

Porque aunque puede rasgarle
por necio, o por infelice,
¿qué importa morir rasgado,
si le rasgan diez jazmines?

Y así, decidla pastores,
si esta margen de alelíos
merece que alguna vez
sus pequeñas plantas pisen.

Que se acuerde que la adoro,
que aunque nada mi amor pide,
harto pide, quien amando,
obedece, calla, y sirve.

Esto la podéis decir,
y si a todo se resiste,

decidla, que me consuela,
que hay muerte para infelices.

Que yo más muero que vivo,
pues nadie sin ella vive,
diré al son de mis desdichas,
pues me desprecia Amarilis.

Hay prendas mías humildes,
Fuego merece quien al viento sigue.

No había dado parte don Valerio a su amigo de esta voluntad, que aunque tenía tanta confianza de su cordura, parecíale que no era faltar a su amistad encubrirle un amor tan secreto, porque si decía que era querido, era una vana alabanza y si no decía, no era justo. Y así por no ofender el honor de la dama, que suele ser tan medroso (quizá porque es de vidrio) que en andando mucho con él, si no se quiebra, se estraga por los menos, quería y callaba. Mas viendo a don Vicente tan codicioso de alguna traza, para verse con su Camila, le confesó el amor de doña María y la mucha mano que podía tener en la ejecución de su honesto deseo. A quien ama no es menester encarecerle el gusto que tuvo don Vicente, que él se dictará más con la imaginación que yo le puedo ponderar con la pluma. Fuese a otro día don Valerio a ver a su prima y comunicándola con advertencia de lo mucho que importaba el secreto (excusada diligencia por ser aunque mujer, muy principal y muy entendida) fue tanto el gusto que mostró tener, que le templó el miedo con que llegaba a tratarla de semejantes cosas, porque como doña María amaba tanto a Camila, parecíale (como era cierto) que de una vez obligaba a su dueño en hacer lo que la pedía, y juntamente a Camila, en darla semejantes nuevas, porque fueron para ella tan alegres que el gusto la embargó la lengua y por un rato estuvo como difunta, que es tan achacosa nuestra vida, que no sólo tiene por enemigo el pesar, sino a veces la suele desabrir el mismo placer. En efecto, después de haber hablado muy largamente en el caso se resolvieron en que en el aposento de un criado que vivía dentro del casa, podía don Vicente estar escondido, hasta que fuese medianoche y desde allí salir a un jardín donde, porque caía hacia el cuarto de Camila, por una de sus rejas sería fácil hablarse hasta que amaneciese, porque con esta misma traza y por esta misma parte se habían hablado muchas veces don Valerio y doña María.

Con el mismo gozo que estaba Camila se halló don Vicente cuando supo de su amigo la resolución que se había tomado. Mas aunque en la traza propuesta parecía que no había ningún peligro, con todo eso le pareció a don Valerio que fuese, por lo que le pudiese suceder, con algún disfraz para que aunque le encontrasen no le conociesen. Y así vestido don Vicente de un paño verdoso, librea que había dado entonces a sus criados don Valerio, unos bigotes postizos y un parche en el ojo izquierdo, salió al anochecer por las calles de Valencia y entró con su amigo hasta el cuarto de su dama, donde la vio y hablara sin peligro, a no estorbarlo una visita de cumplimiento. Pero apelando para mejor ocasión, se despidió con Valerio de su dama y de las demás señoras con ánimo de quedarse con su amigo, lo uno para acompañarle como tal y lo otro para verse con su prima, como solía otras veces por la misma parte, pero no le sucedió como lo imaginaba,

porque encontrándole al bajar las escaleras un hermano de doña María, le pidió le acompañase aquella noche porque se había ofrecido una ocasión en que había menester su espada, lance que don Valerio no pudo excusar, y así le respondió que le aguardase en su casa, que él vendría de allí a dos horas, en cuyo tiempo tuvo lugar de dejar a don Vicente en el aposento de Martínez, que aqueste era el nombre del criado por cuyo mano corrían los unos y los otros amores.

No puede encarecerse cuan contento estaba el enamorado caballero, esperando por puntos la hora en que había de verse con su querida Camila, bien ajeno de la desdicha que le tenía prevenida su adversa fortuna, pues lo puso en el mayor aprieto que pudo. Es pues el caso que el padre de doña María era un caballero que tenía opinión de muy rico y juntamente de muy guardoso, que las más veces viene lo uno con lo otro; y como hubiese dicho algunos de su misma casa, que su criado Martínez tenía muchos reales de a ocho (que eran las medias que tenía con don Valerio) en ocasión que le habían faltado unas piezas de plata con otras niñerías, dio en imaginar que el estar Martínez tan adinerado, no procedía sólo de su salario, que ése, fuera de ser corto, era muy mal pagado, en fin salario de señor. Y como el miedo de los avarientos se precia de filósofo en hacer discursos, coligió que sin duda le robaba por algún camino, y confirmole esta sospecha el decirle un criado, más con envidia que buen celo, que metía dentro de su aposento muchos amigos (quizá porque había visto alguna vez don Valerio) y que tenían allí grandiosas cenas, de que se seguía mal ejemplo para todos los otros criados, pues cada uno se podría tomar licencia para otro tanto, cosa que era muy mal parecida a los que lo miraban con ojos desapasionados. Con esta información dudando siempre el origen del dinero, que era lo que más le apretaba, quiso el anciano caballero coger a solas a Martínez y averiguar de raíz la verdad de lo uno y lo otro, y para esto bajó a las once de la noche acompañado de otros dos criados, al aposento donde estaba don Vicente con su adalid, tratando de si era o no era tiempo de salir a lograr su deseo. Estas palabras oyó el padre de doña María por el hueco de la llave y coligiendo de ellas, que sin duda ninguna, el hombre que estaba con su criado era él que le ayudaba en los hurtos que él presumía. Pues decía que ya se iba haciendo hora de poner en ejecución su pensamiento, llamó a la puerta y juntamente otros cuatro criados más, a quienes avisó que en entrando se fuesen todos a donde estaba aquel hombre, que en su talle y cara pareció a facineroso y que le atasen de pies y manos y luego hiciesen lo mismo con Martínez, para que se les lograra el intento que tenían de robarle, hasta que a la mañana en la cárcel lo confesasen en un tormento. Mucho extrañó Martínez el oír que a semejante hora llámase a su aposento, mas pensando que fuese don Valerio o alguna criada de su ama, se consoló y respondió con libertad preguntando, ¿quién era? , y ¿qué quería? Mas en oyendo la voz de su señor, se quedó difunto. Lo cual visto por don Vicente, sin saber la causa de aquella novedad, ni tener lugar de preguntarla, se estuvo quedo, pareciéndole que no estaba en traje que nadie pudiese haberle conocido y que no buscándole a él, no tenía para qué alterarse. Martínez también aunque estaba temeroso, por no hacer con el recelo mayor la sospecha, viendo tan disfrazado a don Vicente, abrió a su señor, que entró con mucho disimulo y con él los demás que le acompañaban, preguntándole, que ¿cómo estaba por acostar a aquellas horas? A que él respondió tan turbado, que dio a entender aun mucho más de lo que podía haber hecho. Pero haciendo que no reparaba en su turbación le dijo, que ¿para qué metía amigos de noche en su casa sin su licencia? Que no le aconteciese otra vez, porque no se

lo sufriría. Todo esto era para asegurar a don Vicente que cuando menos lo imaginó se halló cercado de cuatro hombres, que sin poderle valer su brío, porque no pudo tomar la espada después de quitársela, le ataron de pies y manos, diciéndole de camino muy viles palabras, diligencia que también se hizo con Martínez, dejándolos a entre ambos de esta suerte y para más seguridad, un criado con ellos que les notase hasta las acciones.

No puede encarecerse la confusión del pobre caballero, viéndose en un lance tan apretado, pues lo menos era ya saberse quien era y quedar preso para toda su vida, con que totalmente acababa de perder a Camila. Y así mil veces quiso decir al criado que les servía de centinela quien era para que se lo dijese a su señor, que como caballero era fuerza que la amparase. Mas advirtiéndole que pudiera ser que se irritara mucho más, pareciéndole que era haber ofendido la inmunidad de su casa y que ya que se hubiese de descubrir, sería mejor que lo supiese por boca de don Valerio, que era concierto que había de venir por él a las cuatro de la mañana; se determinó a esperar el día para darle cuenta de todo lo sucedido. Ya habría pasado una hora, cuando el criado que los guardaba, mirándolos a todos de pies y manos, y así imposible su fuga, fuera de tener la llave del aposento en la faltriquera, se echó encima de un arca, que para un buen sueño todo es pluma, y empezó a dormir con tan buena gana que dio ocasión a don Vicente para imaginar algún modo de escaparse de aquel peligro, y fuera posible verse con su esposa, que siempre la llamaba de esta manera para disculpar consigo mismo los favores que la había hecho. Mas todo lo hallaba cercado de imposibles dificultades porque para quitar los grillos de los pies no tenía manos, para poder aliviar las manos le faltaba los pies, de suerte, que por todas partes se hallaba impedido de poder lograr remedio alguno. Pero como la necesidad es tan discreta y la nobleza muestra en la ocasión tan valerosa, intentó porque lo tenía todo, la mayor acción que en semejante caso se le pudo proponer al entendimiento, y fue que fingiendo sueño, para disimular el ruido que podía hacer, se fue arrastrando como pudo hasta una mesilla, donde en un candelero de barro estaba una vela y sin acordarse de los dolores y martirios que le esperaban; que tal vez importa tratarse un hombre como enemigo, puso entrambos manos sobre la llama, hasta que poco a poco quemó el primer cordel y no fue con tanto tiento, que no le alcanzase mucha parte a la carne, que con la sangre que corría, casi se apagaba la breve luz y luego con los dientes fue deshaciendo las demás vueltas. Y apenas acabó de hacer esta diligencia, cuando desató las de los pies y en viéndose libre, hizo lo mismo con Martínez, y acudiendo cada uno a buscar su espada, ya con menos recato de ser sentidos, despertaron a la centinela, el cual queriendo dar voces y no queriendo reducirse a dar la llave sin violencia, para conseguir la uno y excusar lo otro, le dio dos puñaladas don Vicente, aunque con harto dolor de su nobleza, que no quisiera ensangrentar el acero en la vida de un pobre hombre. Pero parece que algunas veces la crueldad es forzosa y porque un delito esté secreto, se suelen hacer otros muchos mayores. Asegurados con esto de su lengua, le tomó Martínez la llama y abriendo con mucho recato, salieron al jardín con muy poca dificultad; en cuyas ventanas doña María y Camila aguardaban con harto cuidado cada una a su amante. Ya iban entrambos a quejarse de aquella tardanza, pero atajolas los pasos la prisa de don Vicente, con que la brevedad que pedía el suceso, les dio parte de la desdicha de aquella noche y despidiéndose de Camila, más con los afectos que con las razones, la dejó sin poder esperarse a oír su sentimiento, que fue como de quien le adoraba tanto y le perdía. Tenía el jardín las tapias tan altas y crecidas que casi hacían imposible la salida,

mas con ayuda de las dagas y de un tronco que les sirvió de andamio, salieron, aunque con dificultad y peligro. Fuéronse al punto a casa de don Valerio, que a aquella hora acababa de entrar en ella y discurrendo sobre el caso, les pareció, que sin duda el recelo del padre de doña María procedía de haber entendido su amor y el modo con que la hablaba de noche. Y así conjeturando que a otro día había de saberse y habían de ir de casa de don Valerio, donde buscándole a él, sería posible que hallasen a don Vicente, acordaron que se fuese luego de la ciudad. Y así tomando dos caballos, salió don Vicente en compañía de Martínez, que aunque humilde, era hombre animoso con cuatro mil escudos que tenía prevenidos desde que le sucedió con don Claudio el pasado disgusto, y echando por el camino menos usado, antes que amaneciese, se hallaron ocho leguas de Valencia en un pinar tan espeso y montuoso que daba bien claramente a entender que no era camino para ninguna parte. Confusos y despechados iban los dos caminantes, cuando oyeron hacia la mano izquierda de aquella espesura una voz que aunque no muy suave, se lo pareció a ellos; lo uno porque les entretuvo con lo que cantó, y lo otro porque así esperaron asegurar la incierta información que tenían de aquel camino. Y así atendiendo y andando juntamente hacia la parte donde la voz tenía más fuerza, oyeron este soneto a la firmeza de una voluntad que amaba, sin mirar el rostro a la esperanza de premio alguno.

Es tan grande mi amor, señora mía,
que a poderte querer sin esperanza
casi te agradeciera la mudanza,
porque debieras más a mi porfía.

Amar por merecer es tiranía,
pues menos suele amar quien más alcanza,
que en habiendo segura confianza
la voluntad más firme se resfría.

Vivo amando tus ojos (alto empleo) muero
loco de amor (dichosa suerte)
y vivo por morir (dulce trofeo).

Regula pues mi vida por mi muerte,
que para ser dichoso mi deseo,
no ha menester llegar a merecerte.

Apenas se oyeron los últimos ecos en las entrañas de aquellos riscos, cuando prosiguió otra voz el mismo asunto en este soneto.

Unas veces del monte a la arrogancia,
el sol con flores por abril saluda,
y en noviembre otras tantas le desnuda
a un tiempo del vestido y la fragancia.

Ya el julio entiende su desierta estancia,
y ya el enero hiela su piel ruda;
y aunque de afectos y de trajes muda,
siempre se queda monte en la sustancia.

Así mi pecho a tus mudanzas hecho,
¡O Anarda! ¡O cielo! , vive en tus amores,
triste a veces, y a veces satisfecho.

¿Mas qué importan favores o rigores,
si el quererte es esencia de mi pecho,
y accidente mudarle los colores?

Guiados de las voces, llegaron poco a poco a unas cabañas de pastores y carboneros, donde apeándose don Vicente, después de saludarlos, preguntó a uno de ellos si estaba muy cerca el lugar y como le respondiese que no, porque era aquella tierra tan molesto de salteadores y forajidos, que aun no había quien se atreviese a tener si quiera una venta, se determinó de pasar allí aquella mañana, porque los caballos estaban tan cansados que no era posible dar un paso adelante. Y así después de quitarles Martínez los cojines y frenos, los dejó a su libertad por el campo para que buscasen la hierba entre los matorrales, hasta que a puestas del sol, uno de aquellos pastores (que así lo había prometido que el dinero todo lo alcanza) los llevase a una aldea que distaba de allí cuatro leguas, donde pudiesen descansar y repararse de lo necesario. Repartieron aquellos piadosos hombres con don Vicente y con su criado de la pobre comida que para ellos tenían y los huéspedes lo tuvieron a mucha ventura que el hambre es tan bien acondicionada que todo lo apetece como sea en orden a conservar la vida. Ya estaban previniéndose para partirse y con ellos un pastor que los había de acompañar cuando les detuvo un impensado ruido que hacían seis hombres, que a más andar venían hacia donde ellos estaban. Retirose don Vicente, receloso que fuesen bandoleros como le habían informado, sacó una pistola de dos que llevaba y les esperó al umbral de la cabaña o carbonera. No se engañó el valiente caballero en esta presunción, porque los relinchos de los caballos que habían dejado sueltos dieron noticia a una compañía de salteadores que andaban por aquella parte, de que sus dueños no estarían muy lejos, y así venían a quitarles caballos, dineros y vestidos, y si acaso lo defendían todo, la vida, como los otros muchos habían hecho. Llegando pues adonde don Vicente estaba, y sabida su determinación sin alterarse demasiado, les dijo estas razones.

“Yo, señores míos, soy un caballero, a quien ha sucedido una desgracia tan pesada que ando buscando donde esconderme del rigor de la justicia, que pienso que me sigue por todas partes y para hacerlo mejor, vengo con sólo un criado que me acompaña con ánimo de pasarme a otro reino, donde me asegure de mis temores. Para hacerlo, es menester dineros y el que yo traigo, aunque no es mucho, me basta para proseguir mi camino. Si me sobrara o yo fuera a mi tierra, no hay duda, sino que con mucho gusto repartiera con vuestras mercedes para que remediaran su necesidad, que ya sé que las que hay en el mundo son tan grandes que abren la puerta a semejantes desalumbramientos. Pero no sobrándome, como digo, yo no lo tengo de dar, y así adviertan dos cosas: la primera que

estoy resuelto a defenderme y que aunque sé que han de darme la muerte, sé también que primero les ha de haber costado muchas. Y la segunda, que casi doy por bien empleada esta ocasión, para acabar con ella una vida que me tiene tan cercado de desventuras, porque de la misma manera que un caballo desabocado tiene por lisonja encontrar con un despeñadero, así un hombre principal, valeroso y afligido, tiene a merced de su fortuna topar con la muerte que solicita. Según esto, vuestras mercedes se vean en ello y tengan por fin duda, que si no vienen más de los que miro delante, que antes que lleguen a herirme, los tengo de haber hecho pedazos”.

Con admiración escucharon los seis bandoleros de resolución temeraria de un hombre solo, y suele ser muchas veces tan favorable la fortuna, que lo que en otra ocasión les enfureciera, en esta les templó y aun aficionó, tanto que mirándose unos a otros no acababan de encarecer los alentados bríos del valenciano, y así uno que parecía la cabeza de los demás le dijo:

“No hay duda, sino que vos mismo de parte allá de vuestro corazón habréis conocido el imposible que intentáis, porque cuando os sucediera con los seis tan dichosamente como presumís, no era seguro el escapar con la vida, porque a tiro de arcabuz hay doscientos hombres repartidos por estas breñas que salieran en nuestra defensa y la menor herida que hubierades dado a cualquiera de nosotros, la pagarades con muchas. Pero porque conozco el valor vuestro, que aunque me veis en este ejercicio, puede ser que sea tan bien nacido como vos, quiero dar un medio para que en lugar de castigo tengan premio vuestras temeridades, y ha de ser siendo gusto vuestro, en esta forma. Los que andamos por todo este contorno, buscando la vida a costa de los míseros caminantes seremos hasta doscientos, repartiendo lo que robamos igualmente entre todos, como partes en cualquier delito. Pero como somos tantos y cada uno quiere seguir su parecer, nos ponemos; por no conformarnos a manifiestos peligros cada día y así se ha determinado entre todos, que se elija uno a quien como superior y dueño de los demás, se obedezca en la disposición de nuestro trato, y a quien se acuda con todo lo que se robare, para que él como señor y jefe dé al que hiciere la presa la parte que le parezca suficiente y lo demás se guarde para las ocasiones forzosas, que según están hoy los caminantes sospechosos, ha de venir tiempo en que ha de faltar quien camine, como faltan las demás cosas. Mas es oficio tan gustoso el mandar que cada uno solicita este cargo, alegando servicios y partes para merecerle particularmente este hidalgo (señalando a uno de los que le acompañaba) y yo, cuyos méritos en esta parte, por ser iguales, tienen los votos indiferentes y dudosos, sin acabarse de determinar a quien han de elegir; porque como digo, cada uno lo pretende y cada uno tiene amigos que le acreditan, y así nos resolvimos esta mañana para no perdernos todos, en que pues ya no lo podía ser ninguno de los dos, porque había muchos que habían hecho duelo de su tema, lo fuese uno, que nosotros señalásemos de los demás, al cual asistiéramos entrambos como sus consejeros y tenientes. He dicho todo esto para que supuesto (según vos decís) que vais huyendo de la justicia, si queréis ser cabeza nuestra, por mi parte es tan grande la afición que os he cobrado, que desde luego digo que os doy mi voto y me prometo con tal caudillo segurísima defensa contra los enemigos que nos persiguen. Si bien con poco fruto, porque las cuevas que tiene esta aspereza son tantas y tan ocultas que aun es milagro que nosotros que las vivimos, las penetramos. Esta es la respuesta que doy a vuestra gallarda resolución, ved ahora lo que determináis, que

aunque no he hablado en este particular a mis compañeros, tengo tanta parte en su voluntad que así porque les está bien a ellos, como porque yo se lo suplicaré, pienso que alcanzaré con todos que se logre mi buen deseo, en cuya ejecución es cierto que a vos os hago lisonja y a los demás servicio”.

Apenas el cosario acabó de dar a entender con juramento su voluntad y los demás convinieron en ella cuando don Vicente, mirando lo primero, que el virrey como ofendido y deseoso de venganza, había dado parte del caso por escrito a todos los reinos, con cuya diligencia en ninguna parte estaría seguro; y lo segundo que aunque lo estuviese no había de negociar sin presentarse y esto era dilatar mucho su libertad; y lo tercero que por entonces, si quería salvar la vida y el oro, no había mejor medio que conceder con lo que rogaban. Se determinó a hacerlo, trazando en su pensamiento una facción tal, que no sólo el ser capitán de bandoleros no había de deslucir su nobleza, ni hacer más imposible con el virrey el perdón de los yerros pasados, sino que había de ser calificación de su sangre y medio para volver a gozar su patria; y lo que más era, de la hermosura de su esposa, que mientras la veía menos, mucho más la adoraba. Y así con muestras de mucho rendimiento se volvió a él que le había hecho aquella promesa, y dijo que él había entrado en cuentas con su nobleza y con su peligro, y había salido decretado; que supuesto que el delito que dejaba cometido en Valencia era de grande calidad, que en cualquiera parte le había de seguir la justicia, por ser hecho contra el virrey mismo, y su fortuna había sido tan buena, que donde pensó hallar la muerte, hallaba la vida que se obligaba a poner desde entonces por cualquiera de sus compañeros en agradecimiento del favor que le hacían.

Grande fue el contento que dio a todos esta respuesta, y así después de abrazarle muchas veces, le llevaron donde los demás estaban, refiriendo con grandes elogios de su valor el intento que tenían, con cuya información le juntaron por rey y señor de toda aquella tierra. Y en habiendo celebrado con muchos fuegos y luminarias la elección del nuevo capitán, le guiaron a una cueva, la más abrigada y escondida que había en el monte, donde tenían grandísima cantidad de dinero, piezas de plata, sedas, mercaderías y vestidos de los que quitaban a los pasajeros; y de todo le hicieron entrega para que como dueño de las voluntades, también lo fuese de las haciendas. Le hacían una cama la más aliñada que pudieron, para que descansase, con que le dejaron en compañía de Martínez y de doce hombres que quedaron de centinela repartidos por aquel paraje, para avisar de todo lo que sucediese. A otro día, por la mañana, mandó llamar a todos sus soldados y después de tenerlos juntos en lo más espeso del monte, les notificó una arancel que había escrito aquella noche, cuyas leyes se habían de guardar inviolablemente, porque importaba así a la conservación de sus personas, pena de un gran castigo a cualquiera que las quebrantase; cuya ejecución pareció a todos acertadísima, por estar en provecho suyo y en suma decía.

“Lo primero, que a las mujeres no se les hiciesen ningún agravio, porque esa era ley de naturaleza, que obligaba aun a los mismos brutos, cuanto y más a los que aunque desdichados habían nacido con entendimiento.

“Lo segundo, que a los pobres no se les pidiese, ni obligase a nada, porque el provecho que podían dar era poco, y el daño que podía hacer era mucho, porque como lo ganan con más dificultad, se quejan con más fuerza, y así obligan a la justicia a que busque el origen de aquellos robos, aunque pequeños, con lo cual nunca estarían seguros de su diligencia.

“Lo tercero, que a ninguno se le quitase la vida para quitarle el dinero; pues el defender su hacienda cada uno era natural y el intento de ellos no era sino el de adquirir riquezas, y con la muerte de los caminantes no se adquirirían, antes bien era irritar más a sus enemigos para ponerse en arma contra ellos, que lo que no hace el dolor de la hacienda hurtada, suele hacer el ansía de la vida perdida.

“Lo cuarto, que a cualquiera que hallasen, le llevasen delante de él, para disponer, según su estado, lo que se le había de quitar y que no había de ser todo, porque eso es obligarle a que se quedase en el primer lugar, aunque no quisiese y procurase hacer diligencia para cobrar lo quitado, si no la mitad, para que teniendo con que pasase con su camino adelante, y no se detuviese en hacerlos molestia.

“Lo quinto, que tratasen bien a los labradores, que les proveían de lo necesario; porque si una vez se lo quitaban, otra vez no se lo venderían; y así sería conveniente hacerles buen pasaje, pagándoles enteramente lo que compraban para que lo tuviesen siempre de sobra”.

Estos y otros estatutos propuso don Vicente, los cuales aprobados, comenzó a hacerse dueño de todas las cuevas y principalmente de todas las armas ofensivas y defensivas que tenían. Con ánimo siempre de hacer un gran servicio a Dios y a su Majestad. Y fue así, porque desde que él aunque engañosamente, empezó a ser capitán de aquella canalla, no hubo hombre que se atreviese a matar ninguno, por no incurrir en las penas que tenía puestas. Lo que hacían era llevar el caminante a su presencia, que informado de lo que llevaba le quitaba, por cumplir con ellos la mitad y luego enviaba tras él a Martínez, o él en persona iba si era de noche, y se lo volvía a dar y algunas veces mejorado, escribiendo en un librito de memoria sus nombres, calidad y patria, y encargándoles el secreto hasta su tiempo. Con lo cual los pasajeros iban y venían seguros porque sabían que no tenía peligro, ni su vida, ni su dinero, gastando en esto el piadoso caballero los cuatro mil escudos que había sacado de Valencia, y gran parte de la plata y oro que había hallado en aquella cueva. Estando allí una noche trazando con su confidente el modo que había de tener para que lo que el virrey no había podido hacer en tantos años y con tanta gente, que era limpiar aquella tierra de semejantes hombres, él siendo solo y en muy pocos días lo efectuase en servicio de Dios, del rey y de su patria, llevaron cuatro ministros un hombre que iba corriendo la posta, y según decía, pasaba a la corte desde Valencia. Mas apenas le vio don Vicente, cuando conoció que era aquel criado suyo, en cuya casa quiso esconderse la noche que les encontró la justicia, y así antes que tuviese lugar de hablarle palabra, mandó que le dejaran solo, porque le importaba. Hiciéronlo así y llegándose a él, y descubriendo un rebozo que traía, le preguntó ¿dónde iba, y en que estado estaban sus negocios con el virrey? Admirado quedó el criado de ver a su señor en tal compañía y traje; y acordándose de su nobleza, obligaciones y entendimiento, no acababa de persuadirse a que era verdad lo mismo que veía, hasta que don Vicente, conociendo su

justísima confusión, le dio parte de sus fracasos, y de las razones que le habían movido a quedarse en semejante ejercicio, para granjear, si pudiese, por aquel camino la gracia del virrey. “No sé como sea posible”, respondió el criado, “porque está tan ofendido con el nuevo homicidio, que cometiste la noche que te ausentaste de Valencia, que le ha obligado a tu amigo don Valerio a despacharme por la posta en busca tuya, con cartas apretadísimas en que te avisa que de ninguna manera te descubras en ninguna parte porque en todas hay espías para prenderte y orden expresa de su Majestad para que ni te valga la inmunidad de estar en otros reinos”. Y dándole el pliego, halló muchas cartas de sus deudos y leyendo en primer lugar la de su amigo, vio que decía de esta manera.

“La muerte que diste a aquel hombre la noche que falté de vuestro lado por mi desdicha, aunque fue tan secreta, que parece imposible, faltando Martínez, que se supiese, dentro de dos días se divulgó por la ciudad; porque una criada de quien doña María fiaba mi amor y el suyo, le tenía muy grande al muerto. Y como la justicia anduviese haciendo diligencias, aunque todas en vano, para saber quién había sido el matador, la criada por vengar el enojo que tenía por la pérdida de su amante, dijo todo cuanto en este caso sabía. Con que se irritó más el virrey, jurando hacer una gran demostración si os hallase, y a mí por amigo vuestro y culpante en aquella desgracia, mandó prenderme en un castillo, donde he estado algunos días. Si bien como aquella misma noche me tuvo embarazado el hermano de doña María, fue fácil salir de la prisión, aunque muy privado de entrar a visitarla como solía, hasta que se acaben los enojos de su padre, amenazas de su hermano y disgustos de todos. Esto os escribo, para que os guardéis de andar públicamente por la corte, si es que somos tan dichosos que os encuentra este pliego en ella, en tanto que se templara el rigor de este príncipe; que aunque es tan grande son tantos los apasionados que tenéis en esta ciudad, que pienso que vencerán su aspereza. Y a Dios os guarde, de la libertad y vida que deseo.

DON VALERIO”

Después de leída esta y las demás cartas, que todas venían a decir una misma cosa, le dio parte el criado de cómo Camila, luego que la criada descubrió la verdad del caso, se había ido a un convento, donde tenía una gran amiga para estar más segura del enojo de su padre y los dichos de unos y de los otros. Díjole también, cómo a don Valerio le condenó el virrey en dos mil escudos para ayudar a prender todos aquellos bandoleros que estaban debajo de su amparo; porque eran tantas las atrocidades que habían hecho y las quejas con que cada día lastimaban el pecho del virrey los ofendidos, que había determinado que saliesen seiscientos hombres y cercasen el monte para cogerlos por hambre, cuando no pudiesen de otra manera, aunque gastasen en esta diligencia un año, prometiendo mucha mercedes y perdón de cualesquier delitos a quien los diese presos.

Muy grande fue el contento que le dio esta última nueva a don Vicente. Y así escribió al punto a su amigo don Valerio, refiriéndole muy por menudo todo lo que hasta entonces le había pasado, y rogándole que dentro de dos días, con el mismo criado que le llevaba este aviso, se viniera al monte, y con él veinte o treinta de sus deudos y amigos, y le aguardasen en una ermita que estaba allí media legua, que él tendría dispuestas las cosas

de modo que no quedase ninguno por prender, con ser más de ciento y ochenta los que alistaban debajo de su nombre.

Con esta carta volvió a la ciudad el criado, y admirado don Valerio de una novedad tan extraña, dio parte a los parientes de don Vicente, y sin exceder un punto de lo que les ordenaba, se juntaron hasta cincuenta caballeros de los más lucidos que había en la ciudad, y muy bien prevenidos de armas y cuerdas, esperaron el día señalado. Partieron con su guía al monte, donde por llegar temprano para no ser sentidos, se volvieron a una casería que distaba de allí una legua. Sucedió esto en la fuerza del invierno y las noches eran tan oscuras y desazonadas para haber caminantes, que todos los bandoleros desconfiados de hallar presa de importancia, se recogían muy temprano a sus ranchos, porque así lo mandaba su capitán; menos doce, que por sus turnos les tocaba el andar corriendo todo el campo como centinelas de aquel ejército, a los cuales mandó don Vicente, que antes que saliesen a rondar aquella noche, se fuesen a su cueva porque tenía una diligencia que comunicarles. Empezó el cielo a cerrarse con tales nieblas, que ponía horror en verle tan enrodado de sombras, y así todos los demás compañeros se fueron a recoger aun más temprano que otras veces, menos los doce que a cosa de las ocho fueron a verse con su caudillo como les tenía ordenado; el cual recibéndolos muy amorosamente, dijo que él quería acompañarlos aquella noche porque le habían dado noticia de una presa fácil y de mucha importancia. Estimaron todos la honra que les hacía, encareciendo la buena dicha que habían tenido en elegirle por cabeza. Pues solicitaba tan a costa de su cansancio los comunes aumentos y así se fueron con él hasta la ermita, donde llamando Martínez con achaque de recogerse por dos horas, el ermitaño que la habitaba, que ya estaba avisado y había recibido muy buenas limosnas de don Vicente, fingiendo abrir de mala gana, franqueó la puerta y recibió los nuevos huéspedes, y entrando les mandó don Vicente retirar a un aposento, diciendo que en siendo ocasión, él los avisaría, porque era menester que no pareciese que había gente, para que no espantar a quien esperaba. Con esto asegurados los compañeros, unos se pusieron a jugar y otros para excusarse del frío que hacía, se echaron a dormir. Don Vicente envió a Martínez a la parte donde era fuerza que pasase don Valerio con los demás, para que con una seña que ya tenían concertada, se juntasen y viniesen con mucho silencio a la ermita. Era el ermitaño un hombre de buen gusto, que sin afectar hipocresías, ni santidades, vivía allí quitado de las ocasiones del mundo y deseoso de salvarse y satisfacer alguna pena de las muchas culpas que había cometido en el siglo. Y así mientras venía la compañía que aguardaba por divertir las horas que siempre son grandes para el que espera, le suplicó refiriese la causa de vivir en aquella soledad, siendo como decía caballero, a lo cual sin melindre ninguna le dijo en breves palabras de esta suerte.

“Mi nombre, señor capitán, es don Francisco Méndez, natural de la ciudad de Murcia, que después de haber gastado muchos años de mi juventud en juegos, vicios, inquietudes y libertades, me enamoré de una señora, aunque pobre, la más hermosa que había en toda aquella tierra. Con la cual me casé tan al disgusto de mis padres que juntando lo más que pude de mi hacienda, me vine con ella y dos ángeles que el cielo me había dado por hijos, a Valencia, donde vivimos aunque no muy sobrados, con infinito gusto de entrambos partes, porque mi esposa me adoraba y yo no tenía más bien en esta vida que mirar sus ojos y acudir a un oficio que compré con el dinero que traje para sustentar mi familia con

la honra que debía un hombre de mi sangre. Fue Dios servido en este tiempo de dar a uno de mis hijos un mal tan agudo y pestilencia en la garganta que dentro de cuatro días los enterré a entrambos. Y como su madre era quien más los asistía y aquel mal es tan fácil de comunicarse, y más cuando la sangre es una misma, ella vino a sentirse tan indispueta del mismo achaque, que sin valernos cuantos remedios ha inventado la medicina, al quinto día expiró en mis manos, golpe que me privó de todo punto el entendimiento para recibir consuelo ninguno, porque fue menester muchas veces tener muy en la memoria que era cristiano, para no emprender mil temeridades que me proponía mi voluntad. En efecto el cielo se apiadó de mí y me alumbró los ojos para conocer que aquel bien era prestado y se le quiso llevar para sí, que así lo espero de su infinita misericordia, y más cuando me acuerdo de la santa muerte de mi querida esposa. Viendo pues, que para mí no había en la tierra gusto que lo pudiera parecer, apelé al cielo y me reduje a vender cuanta hacienda tenía, distribuyéndola entre sacerdotes y pobres, para que los unos con sus sacrificios y los otros con sus oraciones, alcanzasen con Nuestro Señor diese descanso al alma de mi esposa, y a mi gracia para servirle en este rincón, donde como de las limosnas que me hacen los pasajeros, muy desengañado de lo que somos. Pues no hay diferencia de nuestra vida a la de una flor, que en un mismo día (tan delicado es el árbol de su belleza) busca mortaja donde tuvo cuna, porque aun después de haber nacido el hombre, es más cierto el morir que el haber nacido. Aquí estoy de día y de noche, rogando a Dios perdone mis pecados y alivie las penas de mi difunta prenda cuya cabeza es aquella que está a los pies de aquel crucifijo, porque después de enterrado su cuerpo, tuve orden para sacarle y la tengo conmigo, para que me sirva de un despertador perpetuo de lo que soy y de camino me acuerde la obligación que tengo de rogar a Nuestro Señor por ella”.

Espantado quedó don Vicente de ver aquella extrañeza de mortificación, porque a él no le parecía que tuviera ánimo de tener de aquella manera a quien en otro tiempo hubiera querido. Y reparando en que más abajo estaba en papel escrito con letras grandes, llevado de la curiosidad se llegó más cerca, y viendo que eran versos, pidiendo primero licencia a su dueño, los leyó y vio que decían de esta manera.

Atiende, o caminante,
si buscas desengaños a los ojos,
a ese pedazo de marfil sin alma,
ya ruina de la tierra,
ya despojos de la que a Dios
no perdonó arrogante,
ten como yo delante,

en vez de lienzo, o tabla,
esa triste, esa trágica escultura,
esa descuadernada compostura;
y entre cóncavos secos,
mira llenos de horror aquellos huecos
que otro tiempo brillaron,
y dos soles por huéspedes gozaron.

Esa concha desierta de las perlas,
y nácares que tuvo,
cinta de nácar fue del Dios alado;
el cielo para hacerla se detuvo,
y ya cadáver es, ¡o gloria incierta! ,
como rosa que abierta

en el Aurora infante bebe
la dulce vida de las flores,
y anochece sin pompa, y sin colores.
así tú que me escuchas,
y eternamente en memoria luchas,
fímera fuiste hermosa,
naciste cielo, y acabaste rosa.

De tu cristal helado,
de tus facciones ya desfiguradas,
hace freno la idea a mis impulsos,
y regula sus tímidas pisadas
cuando tal vez llevado
de algún vano cuidado,

me entrego al precipicio,
como tengo tu sombra por espejo,
anulo el parecer, pido consejo
a tus secas raíces,
y me parece (¡ay cielo!) que me dices
con voces lastimeras:
yo he sido, y ya no soy, pues, tú ¿qué esperas?

Canción sube hasta el cielo;
mas si es forzoso detener el vuelo,
que todo tiene edad adonde pare,
los versos que empezare
mi casto amor a sus cristales fríos,
acabaran los tristes ojos míos.

Ya iba don Vicente a encarecer lo afectuoso y el bien pensado de los versos, porque era de los que no se embarazaban con alabanzas ajenas, cuando le interrumpió Martínez, que muy gozoso le dijo por señas, como quedaban a la puerta sus esperados valedores. Y saliendo don Vicente allá fuera, y sin detenerse a celebrar la dicha de ver juntos tantos amigos y tantos deudos, después de dar muchos abrazos a don Valerio y los demás, les comunicó en breves razones la traza que tenía dada para ir prendiendo sin riesgo ninguno a todos aquellos hombres y así abriendo el aposento donde estaban los doce y entrando de tropel, antes que pudiesen revolverse los unos y despertar los otros, los cogieron a todos y maniataron, dejándolos en la misma ermita, con cuyas puertas cerradas. Partieron para el

monte, donde el valeroso don Vicente iba llegando a cada cueva, y con una seña que tenía, los iba llamando para un negocio de importancia. Y como iban saliendo, los iba aprisionando, sin que ninguno de tantos como eran se escapase, diligencia que se hizo en menos de cuatro horas. Y después de recoger toda la plata, oro, mercaderías y vestidos que había cada uno ocultado, y juntando todo con lo que don Vicente tenía en su estancia, despachó a los lugares comarcanos por carros y cabalgaduras para llevar a los míseros delincuentes. Y escribiendo con don Valerio una carta al virrey muy larga, en que le daba cuenta de todo lo pasado, de la fuerza que le hicieron para acertar aquel oficio, del intento que tuvo cuando le aceptó, de la muerte que había excusado a los pasajeros, del dinero que había repartido con ellos, cuyos nombres enviaba escritos, patrias y calidades, para que apoyasen aquella verdad, y de los que había trabajado en prenderlos a todos, con cuyo presente imaginaba obligar a su excelencia, como a tan gran príncipe, para que le perdonase, supuesto que así lo tenía prometido.

Con esta carta y el susodicho carruaje entró don Valerio en Valencia, y con él los amigos y deudos de don Vicente. Toda la ciudad salió a ver aquella extrañeza, quedando el virrey tan gozoso de tener presos aquellos hombres, que dio por bien empleados cuantos enojos le había hecho don Vicente. Pues habían dado ocasión al mayor servicio que se podía haber hecho a todo el reino y así antes de acabar la carta le envió a llamar con cuatro de aquellos caballeros, y le recibió con grandes honras y con un oficio que le dio perpetuo en la ciudad como a restaurador de su sosiego.

Estas nuevas llegaron a los oídos de Camila, que luego dio por segura su buena fortuna. Y como el virrey tenía tanta noticia de estos amores, él mismo habló a su padre para que perdonado los yerros pasados (si se pueden llamar así tan justos pensamientos), diese licencia sus desposorios y juntamente trató con los deudos de don Claudio las amistades de don Vicente. En fin, como nobles y bizarros, no solamente le perdonaron, sino que le pidieron perdón a él de los trabajos que por su ocasión había padecido. Salió Camila del convento donde estaba, recibieronla sus padres con muchos abrazos y lágrimas de alegría. Hicieronse las escrituras y también las de don Valerio y doña María, que el virrey lo solicitó todo, siendo padrino de entrambos bodas. Satisfizo don Vicente muy liberalmente a Martínez y a su antiguo criado y por remate de su nobleza, hizo de modo con el virrey que aquellos hombres no muriesen, siquiera por haberse fiado de su palabra. Y así por haber falta de quien ocupase las galeras de su majestad, salieron condenados a ellas por toda su vida, que en parte fue mayor castigo, si bien todo parece poco, respeto de los grandes insultos que habían hecho. Con que tendrá fin esta novela del Piadoso Bandolero, que aunque parece que no viene bien lo uno con lo otro, en don Vicente se hallaron estas dos contrariedades, pues era bandolero en el traje solamente, porque en lo demás nunca dejó de ser quien era, correspondiendo en todo a su noble sangre.

Apenas puso fin Celio a la curiosa novela, cuando le hurtaron el acento último los músicos con la gustosa diversidad de los instrumentos, y los oyentes con admiraciones cortesananas de su caudal, gracia, discreción y ciencia, pues fueron tales, que a no ser tan discreto Celio, le pudieran desvanecer las alabanzas tan bien merecidas de su ingenio, con que todos los circunstantes celebraron el suceso ejemplar que había referido, después de la materia tan dificultosa, como sazónada de los artes. Por lo cual remitiendo a mejor

ocasión sus elogios, dieron lugar a la cena y después al sueño. Quedando Celio prudentemente ufano, de haber logrado tan a satisfacción de todos el trabajo de su desvelo, en el festejo de aquel día, a que se añadió por último plato este soneto que con valentía cantaron los señalados músicos, en que pondera un amante, cuan de poco fruto son los remedios del amor, después de haberle hecho lugar en el alma.

¿Qué importa, Lisi, que mi amor ofendas?
¿Qué importa, amor, que mi dolor aumentes?
¿Qué importa, duelo, que mi sangre afrentes?
¿Qué importa, llanto, que mi fuego enciendas?

¿Qué importa, muerte, que mi fin pretendas?
¿Qué importa, pena, que mi agravio alientes?
¿Qué importa, honor, que mi venganza intentes?
¿Qué importa, duda, que mi ofensa entiendas?

¿Qué importa, celos, que abraséis mi pecho?
¿Qué importa, prueba, que digáis mi engaño?
Y estar, ¿qué importa en lágrimas deshecho?

Si aunque de todo tengo desengaño,
¿está ya por mi mal el daño hecho,
y no encuentro remedio para el daño?